

Elena Trapanese

Laura Bergagna, «Los romanos buscan a un gato negro. ¿Quién ha visto a Zampuico?». Presentación y traducción del italiano de Elena Trapanese

Presentación

Mucho se ha escrito sobre la pasión de María y Araceli Zambrano por los gatos; mucho se ha comentado también acerca de los problemas que la gran corte gatuna —que vivía con las dos hermanas y estaba formada por gatos hambrientos que las dos recogían de la calle— les causó en Roma: denuncias del vecindario, obligación de mudarse al piso de via della Mercede, y una nueva denuncia que las llevará a la decisión de abandonar aquella Roma secreta y laberíntica que tanto habían amado y que tan hostil se había revelado.

Las Zambrano llegaron a tener, como verdaderas *gattare*¹ romanas, hasta más de veinte: «Tiene los gatos fríos | y los gatos térmicos, | aquellos fantasmas elásticos de Baudelaire | la miran tan despaciosamente | que María temerosa comienza a escribir»,² recordará su amigo cubano Lezama Lima. Y Alfredo Castellón, en un testimonio, comentará:

Buscaba los gatos callejeros más necesitados y les ofrecía la comida que les había preparado. [...] María y Araceli distinguían muy bien los gatos callejeros, los «sin historia», de aquellos de las ruinas cercanas, los privilegiados y a los que, según ellas, los turistas tenían suficientemente alimentados. «En cada gato», solía decir María, «está íntegra la sabiduría de Egipto. El gato es la perfección de algo. Si alguien supiera lo que es un gato lo sabría todo.»³

Mas los gatos fueron mucho más para las dos hermanas Zambrano: animales sagrados y también instrumento del destino de soledad que ambas vivieron. En una estremecedora carta a su amigo mexicano Juan Soriano la filósofa escribe:

¿Qué son los gatos? Quizás sean eso: el instrumento del destino o su poso. Yo no los puedo matar, pues no me es propio matar a nadie, ni matar *nada*. Ni puedo tomar determinaciones generadoras, de seguro, de catástrofes. Nunca he tomado yo *decisiones*, y no es la primera vez, Dios lo sabe, que en mi vida tengo «Gatos». Y me han ido liberando de aquellos gatos para echarme otros. Puedes decir que no es destino sino condición mía. Es igual.

Y los Gatos son solamente una parte, la visible, de la cuestión. Tiene la virtud paradójica de lo muy visible; y es que no deja ver lo demás. Y lo demás es lo importante, la verdad.

Los gatos, estos que tengo en casa, primero: están ocupando el lugar, quién sabe si para bien o para menos peor, de otros «Gatos» que se me hubieran instalado. [...] Y estos gatos y aquellos otros a quienes

1. *Gattaro* es un término utilizado en Roma para describir a los que aman los gatos, los cuidan y les llevan comida por las calles o hasta en las ruinas romanas donde suelen vivir numerosas colonias gatunas.

2. Lezama Lima, José, «María Zambrano», en *Muerte de Narciso: antología poética*, México, Era, 2008, pág. 145.

3. Castellón, Alfredo, «Testimonio», *Actas del II Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano*, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga, 1994, págs. 209-210.

sustituyen entran porque pueden entrar. Vamos, Juan, ¿es que si yo hubiese tenido a mi lado una persona, un hombre seguramente, que me hubiera amado como se debe, o si mi hermana, tendríamos estos gatos en sustitución de otros todavía más tremendos? ¿Es que en un mundo menos sórdido los gatos no hubiesen encontrado, quiero decir yo alguien que sin amarme con toda su alma lo hubiese resuelto, lo de los gatos?⁴

Destino que fue la razón de su salida de Roma en 1964, a la que Zambrano se refiere en la carta que acabamos de citar escrita desde el piso de Via Pisanelli, del que tuvieron que mudarse tras una primera denuncia. En relación con este asunto, Jesús Moreno Sanz hace referencia a la iniciativa de un senador fascista, quien consiguió canalizar una denuncia anónima por el gran número de gatos presentes en el piso de las exiliadas y hacer que se emitiera una orden de expulsión a cargo de las Zambrano, finalmente retirada solo gracias a la intervención del ministro Antonio Giolitti, por mediación de Elena Croce. Afirma Moreno Sanz que, tras una segunda denuncia —causada otra vez por el gran número de gatos—, las Zambrano deciden dejar Roma.⁵ Es la propia Zambrano quien hace explícita referencia a esta expulsión en la conocida entrevista con Antonio Colinas:

Los gatos fueron la causa de que a mi hermana y a mí nos expulsaran de Roma. ¡Figúrate, Roma que es precisamente la ciudad de los gatos! Allí ha habido personas que han llegado a tener hasta 40 gatos. Y a nosotras nos perseguían porque teníamos 10, y porque les dábamos de comer, siendo este uno de los ritos de Roma. Roma es la ciudad de la loba y del gato. El gato fue llevado, como se sabe, por Cleopatra y algunos pensaron que eran pequeños tigres. Fellini, que sabe mucho de Roma, mostró en una de sus películas el rugido de la loba y un gato al que se le ofrece un plato de leche. Se ve que mi hermana y yo —especialmente ella, que se sentía romana— cumplimos con el gato, pero no debimos cumplir con la loba. Por eso abandonamos Italia.⁶

El mosaico no siempre feliz de los sucesos vinculados a los gatos se enriquece ahora con una pieza más: la historia de la pérdida de uno de los tres gatos que las Zambrano habían traído consigo desde Cuba, Zampuico, y a la que el semanal ilustrado italiano *La Settimana Incom Illustrata* llevará a dedicar tres largas páginas.⁷ La capital italiana se llenó de carteles que prometían recompensa para quien pudiera encontrar y devolver a sus dueñas —«dos excepcionales hermanas» que llevaban años sin poder regresar a su patria— aquel felino de pelo negro y ojos amarillos desaparecido misteriosamente un soleado mediodía desde el piso de Piazza del Popolo número 3.

Se trata de una historia que, escribe la autora del artículo que reproducimos y traducimos a continuación, había llegado a conmover a los «desencantados e irónicos» romanos y que tenía empeñados a todos los amigos de Zambrano: «los intelectuales extranjeros residentes en Roma que hacen normalmente círculo en casa de las

4. Carta del 29 de enero de 1964 de María Zambrano para Juan Soriano, recogida en «Cartas al pintor Juan Soriano», en *Esencia y hermosura. Antología*, Antología, selección y relato prologal de José-Miguel Ullán, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010, págs. 124-125.

5. Cfr. Moreno Sanz, J., «Cronología de María Zambrano», en Zambrano, María, *Obras completas*, VI. *Escritos autobiográficos 1928-1990*, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, págs. 108-109. En efecto, en la Italia de los años sesenta seguían vigentes decretos de la época mussoliniana. Me refiero, en particular, al Regio Decreto 18 Giugno 1931, n. 773 (GU n. 146 del 26/06/1931), que trataba de la aprobación de las leyes de seguridad pública. Los artículos 150 y 151 de este decreto, que fue modificado solo en 1989, contaban entre las medidas a tomar contra extranjeros que no cumplieran las leyes del país, inclusive las de decoro público, la expulsión, previa aprobación de un decreto firmado por el ministro del Interior, por el ministro de Asuntos Exteriores y con el visto bueno del primer ministro —razón por la cual Elena Croce recurrió a la ayuda de Antonio Giolitti para que no se aprobara la orden de expulsión—. Además, la expulsión conllevaba que el extranjero no pudiese volver al territorio italiano, sin una autorización especial del ministro del Interior. Cabe destacar, sobre este último aspecto, que Tomaso Carini (pareja de Elena Croce y buen amigo de las Zambrano) solicitó informaciones a la *Questura* de Roma con vistas a un posible regreso a Italia de las dos hermanas, inclusive anterior al proyecto de ir a vivir en los alrededores de Nápoles en la llamada Villa delle Ginestre. Sobre este asunto, véase Trapanese, Elena (traducción e introducción), «María Zambrano. *El venerado Larousse*», en *Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del Pensamiento Iberoamericano*, n.º 20, 2015, págs. 133-138.

6. Colinas, Antonio, «Sobre la iniciación (Conversación con María Zambrano)», en *Los Cuadernos del Norte*, año VII, n.º 38, octubre de 1986, pág. 9.

7. Se trató de una «catástrofe» que afectó de manera dramática a Araceli: «Ara va con sus primos a Capri, felizmente. Parece providencial, porque ya estábamos al borde de la locura las dos a causa del gato» (*Obras completas*, VI, ed. cit., pág. 362). Zambrano se refiere a la «catástrofe de “Zampuico”» en un texto sobre ética escrito en la noche del 9 de julio de 1954 (véase el manuscrito M-347, pág. 3).

dos hermanas descuidan desde hace días el trabajo para ir por Roma en busca de Zampuico».

Porque, en una ciudad como Roma, todo puede pasar.

«Los romanos buscan a un gato negro. ¿Quién ha visto a Zampuico?»

La triste historia de un gato, salvado en Cuba y perdido en Roma, ha conmovido a la capital⁸

Por las vías de Roma, desde hace algunos días, hay un manifiesto amarillo y negro que dice: «Recompensa de 10.000 liras para quien devuelva en Piazza del Popolo n. 3 a un gato negro, pelo medio largo, ojos amarillos, macho, perdido el jueves en Piazza del Popolo. Se ruega a quien lo encuentre, que lo devuelva con urgencia causa salud de una persona».

Todo puede pasar en una ciudad como Roma e inclusive puede pasar que sus habitantes, desencantados e irónicos, se conmocionen por una pequeña historia como esta que vamos a contar: la historia de Zampuico y de sus dueñas, una de las cuales ha caído gravemente enferma por haber perdido a su gato negro. Toda Roma busca a Zampuico, gato de buena familia, inexperto del mundo y de sus peligros pese a que por el mundo, encerrado en una pequeña jaula, ya ha viajado mucho. Zampuico nació en Cuba.

Cuando Zampuico llegó al mundo no fue un día de fiesta para nadie. Este es el único dato seguro acerca de los inciertos orígenes de nuestro personaje. No se sabe bien si fue culpa de una madre desnaturalizada el hecho de que a Zampuico le abandonaran con sus dos hermanos gemelos en un terreno no cultivado de la isla de Cuba. Si Zampuico hubiera sido hijo de una mujer, podríamos sospecharlo. Son cosas que acontecen en el mundo de los seres pensantes, pero muy raramente en aquel, muy inferior, de los «instintivos». Tenemos entonces que suponer que Zampuico fue tirado entre los arbustos por un representante de la primera categoría, a quien su inocente aparición molestaba: por cierto, un hombre de corazón demasiado tierno para matar tres palpitantes montoncitos de pelo negro y así solucionar, en un instante, sus sufrimientos y su propia molestia.

Siguiendo por el camino de las inducciones, podemos reconstruir el hecho que se encontraba en el origen de las peripecias de Zampuico. Un hombre se despertó en una calurosa mañana de julio de 1952, con la pesadilla de aquellos tres gatos negros nacidos bajo su techo.

8. Laura Bergagna, «I romani cercano un gatto nero. Chi ha visto Zampuico?», en *La Settimana Incom Illustrata*, n.º 29, 17 de julio de 1954, págs. 24-26. Traducción de Elena Trapanese.

Una decisión se imponía. ¿Puede un hombre normal, respetado, llenar su casa de gatos? Alejó con astucia a la gata madre, levantó delicadamente los tres hermanos y se alejó apresuradamente por las calles de La Habana, avergonzado del maullante paquete. Fue un momento difícil aquel en que puso a los tres gatos en el campo de construcción en las afueras de la ciudad, tanto más cuanto que Zampuico se agarraba obstinadamente a sus dedos.

Al alejarse el hombre estaba un poco triste, pero se consoló pensando que su conciencia estaba bien: no había alterado los decretos de la naturaleza que gobiernan la vida de todas las criaturas; los gatitos iban a morir de muerte natural, es decir, de hambre y de inanición.

Desesperado maullido

Zampuico, después del primer instante de desconcierto, se dio cuenta de la situación desesperada. No es fácil solucionar semejante problema cuando todavía se tienen los ojos cerrados y uno no está de pie. La única posibilidad es gritar. Zampuico empezó a maullar desesperadamente y los otros dos le imitaron. El sol ardiente latía sobre el campo de hierba seca, los rayos multiplicaban el calor atravesando el pelo negro de los tres abandonados. Durante horas Zampuico y los otros hicieron todo lo posible para encontrar voz en los pequeños pulmones.

Al primer piso de una cercana casa dos mujeres, durante aquella misma tarde, estaban ocupadas en escribir libros importantes. Libros de filosofía. No podemos mencionar el nombre de aquellas dos excepcionales hermanas, solo nos está permitido decir que una de ellas es famosa en todo el mundo y da clase en dos importantes universidades. Españolas de nacimiento, pertenecientes a una conocida familia de intelectuales, viajan desde hace años por el mundo sin poder volver a su patria, llevando consigo el peso de muchos dolores y el de una honda bondad espiritual.

Ahora que Zampuico ya no está, desaparecido misteriosamente en un soleado mediodía romano, en la casa de las dos hermanas han vuelto todas a la vez las desventuras de sus vidas, que Zampuico había conseguido apartar durante años. Demasiadas para que la más débil de las dos, aquella a quien el conocimiento de las filosofías no ha otorgado un distanciamiento suficiente de las cosas de este mundo, vuelva a encontrar la fuerza de retomar sus costumbres y tal vez la de vivir. Este es el verdadero sentido de la historia de Zampuico, y la razón para contarla.

Zampuico, en español, significa comilón. Se entiende por qué, visto este lado de su personalidad, al atardecer sus gritos menguaron hasta callar. Los otros dos ya habían parado hacía un rato y habían entrado en el limbo de la inconsciencia que la naturaleza provi-

dencialmente ofrece a quien ha llegado a los límites del sufrimiento.

Las dos literatas, que desde hacía unas horas estaban pendientes para averiguar la procedencia del maullido, volvieron a trabajar pensando que se habían engañado. Llegó la noche y, como pasa a menudo en aquellos países tropicales, trajo consigo un espantoso huracán. Los chaparrones de agua tuvieron el poder de despertar la vida en los tres abandonados. Sus gemidos aterrorizados atravesaron las tinieblas, hasta que cuatro manos delicadas llegaron a salvarlos.

Así fue como Zampuico, con un hermano y una hermana, entró en la familia de las dos estudiosas españolas.

Ojos amarillos

Los alimentaron con cuentagotas, las dos caras piadosas espieron día tras día su vuelta a la vida. Un hermano de Zampuico no sobrevivió y falleció ocho días después. Se quedaron Zampuico y Cominita. Zampuico creció rápido y se convirtió en un hermoso gato negro, con el pelo un poco más largo de lo normal, la nariz poderosa y chata y, sobre todo, unos maravillosos ojos amarillos. Olvidó pronto la fea desventura de su infancia y se conservó inocente, ignaro de las malicias del mundo. Inclusive cuando robaba el jamón era inocente. El jamón era su glotonería, no entendía por qué, gustándole tanto, no tenía que comerlo. No se dejaba tocar por cualquiera porque era un gato genuino, un poco salvaje e indómito: tierno solo con sus dueñas y cordial con pocos extraños. Tampoco era muy inteligente y no hizo nunca, por voluntad propia, cosas extraordinarias para un gato.

Olvidamos decir que en la casa de las dos hermanas vivía desde hacía ya algunos años una gata blanca y negra que, en su momento, llegó a ser legítima pareja de Zampuico. No fue un matrimonio perfecto porque Rita, la mujer, no olvidaba sus derechos de prioridad sobre el cariño de las dueñas y, en el *ménage* de pareja, siempre fue ella quien llevó los pantalones. Zampuico, pese a eso, no cometió nunca ni la más pequeña infidelidad.

Mientras tanto el destino iba tejiendo para Zampuico los hilos de una vida excepcional. Un día las dos dueñas decidieron dejar Cuba para Roma. Las dos hermanas estaban solas en el mundo, de un pasado rico y feliz no había quedado nada más que el cariño de los tres felinos. Sobre todo Zampuico, con su inocencia, ya les era imprescindible.

Zampuico, Cominita y Rita tuvieron un pasaporte regular y, con sus dueñas, se embarcaron en un carguero, el *Vettor Pisani*. Durante cinco días los gatos estuvieron mareados y no tocaron comida.

Todos, a bordo del barco, desde el comandante hasta los pasajeros y los marineros, se preocuparon para confortarles, llevándoles los bocados más apetecibles y poco faltó para que en la cubierta no llegara a colgarse el boletín diario de su salud, tanto era el ferviente interés por su destino.

Durante los otros diez días viajaron sobre un mar de cristal y fueron bastante felices. Desembarcaron en Génova, un día de julio del año pasado; desde allí, encerrados en una jaula confortable, subieron al tren y viajaron hasta Roma. Fueron pasajeros muy educados. En Roma entraron con felicidad en la nueva casa, en Piazza del Popolo.

Zampuico pasaba largas horas en la ventana contemplando el mundo: un mundo misterioso y lleno de peligros, hecho de máquinas letales y de hombres apresurados. Demasiado lejanos, al otro lado de la plaza, los árboles cargados de pájaros. Zampuico rastreaba con su nariz chata la invitación de la naturaleza, la llamada a la caza, mas no era infeliz por el hecho de no poder aceptarlas.

Era famoso

La casa en la que vivía era bastante interesante, siempre llena de gente importante del mundo de las letras. Sin hacer nada excepcional, el gato Zampuico se había ganado un lugar en este mundo. Había llegado a ser famoso: gustaba a los intelectuales por su color negro de ébano, los ojos amarillos, pero sobre todo por su mirada de sorpresa y asombro. Ellos reencontraban en él, materializada, la idea de la primitiva inocencia, del ser puro sin pecado, ignorante y estupefacto. En realidad, Zampuico no era otra cosa que un gato aburguesado, dominado por su pareja, sin problemas.

Se aburguesó todavía más cuando, hace aproximadamente tres semanas, llegó a ser papá por primera vez. Fue entonces cuando, en la familia de los gatos, cayó la tragedia. El día de San Juan, 24 de junio, alrededor de mediodía, Zampuico estaba pacíficamente acurrucado en la repisa de su ventana. Así lo vieron por última vez sus dueñas. Hubo un grito en la calle: «¡Se ha caído un gato negro!». Las dos mujeres corrieron a ver: Zampuico había desaparecido. Bajaron las escaleras, buscaron por todas partes, pararon a los transeúntes. De Zampuico, ni rastro.

Días y noches pasaron en una inútil espera, mientras la más joven de las dos hermanas lentamente se enfermaba. Zampuico representaba para ella el último vínculo con la vida afectiva, después de que su familia, madre, padre, marido, se había disuelto dramáticamente. También Rita, la mujer de Zampuico, desde el día de su desaparición, rechaza la comida. Y finalmente, como último acto del drama que ha sacudido a la familia de Zampuico, la muerte del hijo; una

muerte incomprensible si no se admite que un pequeño gato pueda sufrir la falta del padre hasta morir por ello.

Por eso los intelectuales extranjeros residentes en Roma, que habitualmente se reúnen en la casa de las dos hermanas, desde hace días descuidan el trabajo para ir por Roma en busca de Zampuico.



Joaquim Cantalozella: *Família III*,
fotografia blanc i negre, 2017.